

Excia. Revma. Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela, Sr Vicario General, Sr. Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, autoridades religiosas y civiles, cofrades y cofradesas, miembros de las Asociaciones Seglares, Señoras y Señores:

Permítaseme, en primer lugar, dar las gracias a la Cofradía Orden Franciscana Seglar por haberme invitado a ser pregonero, en particular a mi muy apreciado y estimado amigo, D. Antonio Díaz Otero, agradecimiento que hago extensivo a los miembros de la Junta de Cofradías por haber refrendado la propuesta franciscana. Les doy las gracias en público no como mera fórmula de cortesía, antaño urbanidad, sino porque me siento agraciado. Y me siento agraciado porque creo en la lógica del don, cuyo fundamento son los principios del amor y la gratuidad. Por ello estoy persuadido que todo lo que soy y tengo lo he recibido gratuitamente, pero sobre todo, lo recibí y lo recibo en colaboración con los demás, haciendo camino juntos, como el que vengo recorriendo y compartiendo con los *co-frates* de nuestra ciudad, desde los albores de los años noventa del pasado siglo. Los hombres y las mujeres somos don y hallamos la felicidad en la donación de lo que somos: *¿qué tienes que no hayas recibido?* escribe el Apóstol Pablo en la primera Carta a los Corintios. Y continúa: Y si lo has recibido ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7).

Pronunciar el Pregón de la Semana Santa compostelana es sinceramente un honor –que he recibido con sorpresa–, una gran responsabilidad y en cierto modo una osadía al aceptarlo, pues me voy a atrever, me estoy atreviendo, a ser pregonero de una Verdad, una VERDAD con mayúsculas –la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús– que me es dada como don y como gracia. Con humildad afronto esta tarea. Y no podía ser de otra manera pues es muy difícil ahondar en los sentimientos íntimos de miles de santiagueses durante esta Semana Grande, como difícil es contarlos; pues la finalidad de este acto es servir de estímulo para una participación activa, sobre todo de los jóvenes, en las celebraciones litúrgicas propias de este tiempo y en los desfiles

procesionales y, a la par, no defraudar a quienes con su invitación han depositado su confianza en mí.

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua, un pregón es una promulgación o publicación que se hace en voz alta de algo que conviene que todos sepan. Desde el punto de vista literario es un discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella. Y a ello voy a proceder.

Hoy, a tan sólo cinco días de que la Virgen de Dolores abra las puertas de la Semana Santa 2018, es imperativo hacer memoria agradecida de los veinticinco años que han transcurrido desde la ordenación episcopal de D. Julián como obispo de la sede compostelana. Veinticinco años de servicio y entrega que merecen nuestro más sincero agradecimiento como Junta de Cofradías y como cofrades y cofradesas. Coincidiendo con su llegada en aquel Año Santo de 1993, la Junta de Cofradías iniciaba una nueva andadura después de varios años de silencio. La renovación litúrgica postconciliar, el cuestionamiento de la religiosidad y la piedad popular por la teología crítica, y los condicionantes político-sociales de entonces –y los heredados del pasado inmediato– limitaron enormemente esta manifestación pública de fe.

Eran años vibrantes, aquella Compostela Patrimonio Cultural de la Humanidad desde 1985, no cesaba de proyectarse internacionalmente y de modernizarse con un nuevo proyecto de ciudad global. Un proyecto sólido levantado sobre los pilares de las vías de peregrinación seculares, de una Universidad centenaria y de su elección como capital de Galicia, que le otorgará en lo sucesivo un papel fundamental en la articulación de nuestro territorio autonómico. Pero aquel proyecto de futuro, ilusionante y esperanzado, necesitaba encontrarse e interaccionar con el pasado como memoria. Ese pasado registrado en la memoria colectiva de las santiaguesas y santiagueses que se materializa en lugares, en objetos, en tradiciones religiosas y culturales, desarrollados espacialmente en un marco singular como es esta ciudad del Apóstol.

En aquel proyecto global de encuentro entre futuro y memoria, liderado por la corporación municipal presidida por D. Xerardo Estévez, en colaboración con todas las instituciones ciudadanas, Compostela volvía a encontrarse serenamente consigo misma, quizás siguiendo los ecos del grito lanzado a Europa por Juan Pablo II en el Obradoiro: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. En poco tiempo Santiago redescubría sin nostalgias sus orígenes y sentaba las bases de un proyecto ciudadano inclusivo y de progreso. No se volvía el rostro hacia atrás con mirada semejante al *angelus novus* del Klee, interpretado magistralmente por Walter Benjamin: el pasado no era una catástrofe, que continuamente acumula ruinas sobre ruinas y las arroja a sus pies. Todo lo contrario, en el pasado había señales de vida. Estaba la fuerza de la tradición, es decir, la permanencia, y también la conciencia de identidad –el fuerte sentimiento de pertenencia– capaces de generar nuevas semillas de vida. Y esas semillas fueron dando sus frutos: el incremento paulatino de las peregrinaciones y el desarrollo del mundo Xacobeo; la Junta de Cofradías; la Compostela troyana; y el carnaval entre otros.

Memoria y deseo de cambio también se hacían presente entre los representantes de las Cofradías ante una mesa de reuniones en el colegio de la Inmaculada, cedida gentilmente por los Hermanos de la Salle. Como no recordar a D. Alejandro Bermúdez Coira, a D. Ramón Otero Túniz, a D. Plácido Serrano Fernández, a D^a Alicia Mosquera y al Rvdo. D. Daniel Cerqueiro –quienes ya han partido hacia la casa del Padre–, o a D. Manuel Besada, D^a Teresa Fernández y D. Jorge Negreira, con quienes seguimos caminando. Todos ellos asumieron reflexivamente la tradición y cooperaron desde el diálogo sincero con un grupo amplio y creciente de personas, en aquel entonces jóvenes, para de nuevo hacer realidad la Semana Santa típicamente compostelana. Una Semana Santa regia y austera, de silencios penetrantes, sólo interrumpidos por los sonidos metálicos de las horquillas en su golpear acompasado sobre el pavimento pétreo.

Una Semana Santa larga –del viernes de Dolores a la *Dominica in Albis*– en la que el trabajo conjunto iba dando sus frutos año tras año: se

recuperaron procesiones seculares como la de la Última Cena del Salvador o la más reciente de los Hermanos; aparecieron con el paso de los años nuevas cofradías de la mano de jóvenes entusiastas: la de los Estudiantes –siempre innovadora–, la de la Humildad, la de la Esperanza; hermosas imágenes, muy valiosas desde el punto de vista patrimonial, recuperaban el esplendor de antaño; la armonía en el desfilar de los *pasos* por las viejas rúas, que brota del sentimiento noble y profundo de los infatigables porteadores, ennoblecía los trabajos de restauración a los que fueron sometidos.

Pero ni la fidelidad a las raíces y las esencias, ni el valor de la plástica religiosa de los desfiles o el incremento del número de procesiones, no ocultaban la preocupación que se tenía por la armonización de las celebraciones litúrgicas y los desfiles, así como por purificar el valor catequético de los mismos: pregonar la pasión redentora de Cristo, desmitificando el dolorismo y despojándolos de elementos folklóricos ajenos a las mismas. Una tarea que, a pesar del empeño de los consiliarios, todavía queda mucho camino por andar. Los conciertos de música sacra, las conferencias y jornadas fueron instrumentos que desdibujaban cada año nuevos y variados escenarios participación ciudadana.

La experiencia de comunión vivida en plenitud hace veinticinco años ha dejado huella. La labor conjunta y fructífera entre la Junta de Cofradías y las diferentes Instituciones compostelanas estaba basada en el respeto y en la tolerancia –y había tolerancia porque nadie era indiferente– con independencia de las ideologías y de las creencias de cada uno. Por ello debo agradecer de nuevo. Muy probablemente los esfuerzos y sufrimientos necesarios para poder vivir en libertad y concordia que tuvieron que soportar los que estaban al frente de las mismas, contribuyeron a que la aconfesionalidad del Estado recogida en nuestra Constitución se viviese entonces de forma positiva y constructiva.

El valor de esta experiencia es todavía hoy interpelante para quien les habla, más en los momentos actuales de laicismo exacerbado, que pretende arrasar cualquier sentido de trascendencia de la vida, llegando

a percibirse en ciertos sectores sociales una beligerante hostilidad. No puedo menos que recordar a Pablo VI cuando en la *Populorum Progressio* afirmaba: *no es verdad que el hombre no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo cierto que sin Dios no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre.* Lamentablemente, el día a día corrobora esta afirmación, cincuenta años después de su publicación.

En el contexto del proceso de secularismo que estamos inmersos, favorecido por una lógica individualista imperante, se pretende que la religión quede relegada a la vida privada –tanto en sus dimensiones individual como colectiva–, que no salga de la sacristías, es decir, privatizarla, o mejor que permanezca encerrada en las criptas, que equivale a situarla en la marginalidad. No contentos con lo que sociológicamente llamamos *privatización de la fe y de la espiritualidad*, se considera *políticamente incorrecto* que la Iglesia, como institución al servicio del hombre y de la mujer, se pronuncie sobre cuestiones de índole social o económica. Sabemos que el cristianismo no es intimista ni individual, que requiere la participación fraterna en grupos, por ello tenemos que convencernos y asumir como creyentes que la dimensión pública del proyecto de vida inspirado en el Evangelio de Jesús es decisiva, para que la Iglesia Católica pueda seguir desarrollando su misión en el momento histórico actual.

La dicotomía público-privado, entendida como criterio para interpretar los acontecimientos que afectan a la vida personal, no es válida para los que siguen el camino de Jesús de Nazaret. Lo privado es en todos los órdenes de la vida lo que uno elige libremente y lo público, en correspondencia, es ser coherente con aquello que se ha elegido. Seguir el camino del Evangelio exige la coherencia entre la fe que profesamos y la vida, aunque por nuestras debilidades y flaquezas no siempre lo consigamos. Un cristiano coherente tiene que sostener con sus obras lo que cree y afirma con su palabra: la fe acogida en el corazón tiene que estar en estrecha unidad con la fe que profesa con sus labios y con su conducta en el día a día. Esta coherencia es la que puede dar consistencia

a las manifestaciones públicas de la piedad popular, que quieren ser siempre testimonio vivo de cuanto alberga el corazón creyente.

El problema está cuando la fe no pasa a la acción, es decir, cuando no nos esforzamos por vivir la fe en todas las circunstancias concretas de la vida, particularmente cuando transitamos por situaciones adversas o de zozobra. Los discípulos y los primeros cristianos las conocieron bien, caminaron en contextos de desprecio público y persecución muy semejantes a algunos que tenemos en la actualidad, pero ellos no tuvieron miedo; y a pesar de las dificultades, con el apoyo de la fe y la fuerza del Espíritu Santo predicaban, caminaban y vivían dando testimonio, abriendo para otros senderos de luz y de vida. Junto a la fuerza del Espíritu contaron con un instrumento muy valioso: el perdón de las ofensas, que como nos dice el Papa Francisco, *es la expresión más elocuente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del cual no podemos prescindir* (Papa Francisco, *Campaña de la Fraternidad 2018*), por mucho que nos haya dolido la falta. Si nos resistimos al perdón no podemos decir que seguimos la senda de Jesús.

Por eso es importante invitaros a participar en los actos litúrgicos y en las procesiones de Semana Santa, con presencia activa, inclusiva y de comunión. Animaros a dar testimonio público de vuestras creencias, a anunciar a Jesucristo y su obra de salvación. A comunicarlo con alegría, con naturalidad, sin miedo, sin prejuicios, sin prepotencia, ofreciendo no imponiendo, aunque con ello se contradiga a quienes nos quieren acallar o algunos postulados de la mentalidad dominante. Es un ejercicio de libertad amparado por los preceptos constitucionales, ejercicio que sin duda contribuirá al desarrollo y al cultivo de los valores democráticos y ciudadanos.

El salir al exterior propicia siempre la cultura del encuentro, favorece el diálogo con vecinas y vecinos, con aquellas personas que, en estas fechas señaladas, siguiendo las vías jacobeanas llegarán como peregrinos –sin extraviarse– a la ciudad del Apóstol, o simplemente como turistas. Pero salir a la luz es también hacernos presentes en la realidad doliente inmediata y vivir la tarea de la caridad –que va mucho más allá de

la solidaridad para el cristiano—, como culto al Dios Padre y experiencia de amor con los hermanos. Porque nosotros los compostelanos y compostelanas, como miembros de esta Iglesia particular *hemos sido y queremos seguir siendo, un espacio de encuentro, diálogo y acogida con todos aquellos que desean construir un mundo más justo y más fraterno* (Comunicado Catedral, 2018)

Sólo faltan cinco días. Estamos terminando la Cuaresma, la Semana Santa se aproxima paso a paso. Tenemos que prepararnos, mejor dicho, estamos preparándonos para la Pascua, de la que todos somos deudores y destinatarios. Llevamos casi cuarenta días caminando, estamos subiendo, pronto llegaremos a un Santiago nuevo, transformado como lo requieren las circunstancias en Jerusalén. Desde el viernes de pasión nuestras rúas se convertirán en un templo, en una catequesis permanente para los participantes, para facilitarnos un encuentro profundo con Dios y para prepararnos para la fiesta de la Pascua. Y, ojalá sirva también de catequesis para los espectadores que siempre con respeto nos acompañan, pedimos y deseamos que sean capaces de ver que Dios en el desfile sale a su encuentro, que sientan que el misterio del Amor, con mayúsculas, vive en ellos.

Hoy con este acto, la Junta de Cofradías os quiere invitar, os queremos invitar, a que viváis caminando a nuestro lado el relato de la Pasión, el camino recorrido por Jesús, que nos recuerda la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Un camino de amor y sobre todo, un camino de Esperanza. Un camino de amor que rehabilita al malhechor —*te aseguro que (Lc 23,43) hoy estarás conmigo en el paraíso—*; un camino de perdón que transforma la condena —*Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 33)—*; un camino de vida que le retira a la muerte la última palabra —*ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar: ¿Quién eres?, porque sabían muy bien que era el Señor (Jn 21,12) —*; un camino de humanidad que rompe los velos que separan —*y el velo del templo se rasgó en dos partes (Mt 27,51)—*; un camino de luz —*Via Lucis—* que ilumina, *porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso* (Francisco, Lumen Fidei).

Así como Santa María nos da la bienvenida el día primero del Año Nuevo, también es la Virgen, bajo la advocación de **Los Dolores**, la que nos abre las puertas de par en par de la Semana Santa. En tan solo cinco días, la acompañaremos lentamente desde San Miguel dos Agros en su descenso hacia el centro de la ciudad, pasando, como no podía ser menos, por la Casa del Señor Santiago, como símbolo de respeto a quien ha dado nombre a nuestra ciudad y nos proyecta hasta los confines del orbe. María no huye del dolor, María lo asume con dignidad y por eso es capaz de consolarnos *in hac lacrimarum valle* y de abrir caminos de paz al corazón. El suyo es un dolor salvífico, mitigado por su fe en la resurrección, como muy bien lo capto Don Juan Ruíz, el Arcipreste de Hita, quien presenta el dolor como paso previo a la resurrección:

Tu hijo duz (dulce)
del mundo luz,
que viste morir en cruz
que era levantado (resucitado).

María, que estaba junto a la Cruz, nos invita en este momento a detenernos ante todas las de cruces los hombres y las mujeres de hoy.

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Las palmas cimbreadas que acompañan el paso de la **Entrada de Jesús en Jerusalén** el Domingo de Ramos, que parte de este humilde *Val de Dios* en el que nos encontramos, anuncian con júbilo la Semana Grande y dan comienzo al último recorrido del itinerario humano de Jesús, que nos dirige directamente hacia la Pascua. Un itinerario que vamos a recorrer con una sensibilidad de Encarnación, de abajamiento, solidaria, no como espectadores pasivos, sino como hermanos y con los hermanos, en actitud de servicio, compartiendo los *gozos y esperanzas*, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren.

Y ellos gritaban; *¡Quítalo de en medio! ¡Crucifícalo!* (Jn 19, 15). Las palmas que lo proclamaron como rey pronto se convertirán en corona de espinas y de burla; *Nuestro único rey es el César* (Jn 19, 15). Pero ¿no es Él

el Rey de Israel? Son las contradicciones de los seres humanos. ¿Cuántas veces hacemos cosas en contra de lo que pensamos? ¿Cuántas veces decimos todo lo contrario de lo que sentimos? Nuestro mundo de hoy también está herido por esas dolorosas contradicciones que causan muerte y destrucción, violencia y egoísmos, pero sabemos que recorriendo el camino del amor de Dios podemos volver a recuperar su proyecto de humanidad. **El Nazareno** portando la cruz se encuentra con su Madre en la Quintana, María de nuevo contempla y acepta. En esa cruz va la dureza de la vida, van muchas de nuestras frustraciones e insatisfacciones. Jesús Nazareno sale a la luz para pedirnos que, como el Cirineo, le ayudemos a llevar la cruz a esa multitud de personas que llevan a cuestas la de miseria; la de enfermedad; la de las violencias: la de la guerra, la personal, contra la mujer, contra la vida y todas aquellas otras violencias que no se visibilizan.

Levantarlas es imposible sin la ayuda del **Cristo de la Paciencia**. El nos irá guiando por el camino de la perseverancia y de la fidelidad, para que vayamos sembrando semillas del Reino en la historia. Además necesitaremos la medicina de la misericordia para sanarlas. Para administrarla sale el **Cristo de la Misericordia** de *as Orfas* para encontrarse de frente con esas cruces de las pobreza material y espiritual; sale para que se hagan visibles con nuestro compromiso, testimonio y obras, *esas obras que dicen con elocuencia incomparable lo que somos*, como nos dice Pedro Poveda; sale para que seamos sal de la tierra y luz del mundo; sale para empujarnos a compartir el viaje de la vida; sale para decirnos que hay esperanza de futuro en Cristo resucitado.

La imagen de Jesús **Flagelado** y la del Cristo resucitado son la prueba evidente de que la esperanza no defrauda, como nos dice el profeta. El Flagelado es el verdadero hombre que tiene su cuerpo sometido al cansancio y al sufrimiento. Un hombre que soporta las torturas del martirio mediante la flagelación y la coronación de espinas. Un Jesús hecho hombre que sale a la vía pública en la oscuridad del Jueves Santo, sin temor a las incidencias meteorológicas, para ser luz solidaria con todos los que sufren tormentos de parte de otros hombres.

Introduzcámonos en sus heridas, como nos recomienda San Ambrosio de Milán, para poder curar las nuestras. Y como mejor nos introducimos es con nuestra oración, como lo hizo **Jesús en el Huerto**, presentándole nuestras fatigas, sufrimientos y *también el peso del mal que vemos en y alrededor de nosotros, porque Él nos da esperanza, nos hace sentir su cercanía, y nos conduce de la oscuridad a Luz por el camino de la purificación*. Y en el huerto del mundo que mejor oración de gracias que la Eucaristía. Gracias por esa **Ultima Cena** de entrega y amor, por ser alimento para todos, por ayudarnos también a ser alimento y alegría para los demás, gracias por hacer florecer en nosotros el sentimiento de pertenencia al Pueblo de Dios.

Y María se fue preparando para el momento de la entrega de su Hijo en la cruz por la salvación del mundo. Continuamente recibirá pruebas de fe, como Abraham, que deberá afrontar como si fuese una espada que atravesara su alma. Hoy en medio de nosotros se sigue realizando la profecía de Simeón. El corazón de muchos cristianos también está atravesado por una espada Y son esos cristianos los que la sienten como madre y buscan apoyo en sus brazos; son los que les piden respuestas a muchos interrogantes de la vida; son los que la tienen como modelo para estar al lado de los crucificados. Y así María es Virgen de la **Esperanza**, de la **Humildad**, de la **Piedad de la Quinta Angustia**, de la **Soledad**, de la **Serenidad** y también Virgen de los Cuchillos. A esta última el pueblo de Santiago no la reconoce, la ve y se dirige siempre a ella como la **Virgen del Rosario**, y en ella, como en los Misterios del Rosario, contempla todos los momentos de la vida de su hijo con amor.

El **Via Crucis** –ese *Via Crucis* compostelano fraterno– ya se está iluminando con la luz de la Cruz, convertida en cirio Pascual. **Cristo Resucitado** está con nosotros y nos trae un mensaje de libertad. Las ataduras del Flagelado ya se han soltado y roto las cadenas de la Virgen de la Merced, por eso os invitamos a que celebréis su Jubileo de los 800 años. Oigamos su llamada, encontrémosle por nuestras plazas y rúas, y así nuestras vidas cobrarán sentido. No perdamos la oportunidad, acojamos humildes su mensaje de amor y servicio. Hasta la Ascensión tenemos 40

días para interiorizarlo. De verdad es muy sencillo, simplemente nos dice que siempre podemos empezar de nuevo.

Deseo y espero que esta catequesis de Semana Santa sea permanente a lo largo del año en todas nuestras cofradías y nos acompañe en la procesión de la vida. Por ello pido que la experiencia de comunión entre todas ellas se acreciente, para que su testimonio público de fe en Cristo sea un verdadero testimonio de vida renovada, que ayude a cambiar la de tantos hombres y mujeres que permanecen en las periferias económicas y existenciales. Que esta experiencia también acreciente nuestra participación activa en nuestras parroquias y en la Iglesia, signo e instrumento de la comunión querida por Dios. Que la formación sea un acicate como sujetos y actores que somos de la nueva evangelización y, como no, para poder seguir purificando nuestras procesiones con sentido pedagógico y de gradualidad.

Sería una bendición que los pilares que nos sostienen en la Cuaresma nos siguieran manteniendo durante todo el año. Estoy persuadido que si nos lo proponemos y confiamos con un poco de esfuerzo lo lograremos. Perseverancia en la ORACION, como diálogo con Dios Padre y como discernimiento. *La vida interior, decía el Cardenal Herrera Oria (1928), es insustituible para comprender el verdadero valor y sentido de las cosas que nos rodean, y sobre las cuales, ayudándonos de ellas o apartándonos de ellas, hemos de actuar.* AYUNO, ayunar de egoísmos, de codicias, de pesimismo, de juzgar a otros, de falta de perdón... y tantos y tantos más. Y, por último, cuidar la CARIDAD, la vocación de servicio y entrega al prójimo, consubstancial con el origen de nuestras fraternidades, constituye el *signo más visible de la verdad de nuestra fe, de nuestra penitencia y del cambio acontecido en el corazón (Monseñor Carrasco 2013).*

Para terminar, procedo a ceder la palabra al Cardenal Quiroga Palacios, gran impulsor de la Semana Santa compostelana, para que les invite, pues no tengo la menor duda de que Su Eminencia tendrá mayor poder de convocatoria que quien les habla. Y nos la dirigirá con un pequeño fragmento extraído del Pregón que pronunció hace sesenta

años: ***Que nuestras viejas rúas se llenen de compostelanos que acompañen con la gravedad que exigen nuestra tradición y nuestro carácter a los diversos “pasos”, en manifestación externa de los sentimientos que llenan el corazón*** (Pregón de Semana Santa, 1958).

Muchas gracias.

Francisco R. Durán Villa